

Conflicto, discursos y reconfiguración regional

El oriente antioqueño: de la Violencia de los cincuenta al Laboratorio de Paz*

Por Clara Inés García**

* Artículo recibido en abril de 2007.

Artículo aprobado en octubre de 2007.

** Investigadora del Grupo de Estudios del Territorio perteneciente al Instituto de Estudios Regionales (Iner) de la Universidad de Antioquia.

Introducción¹

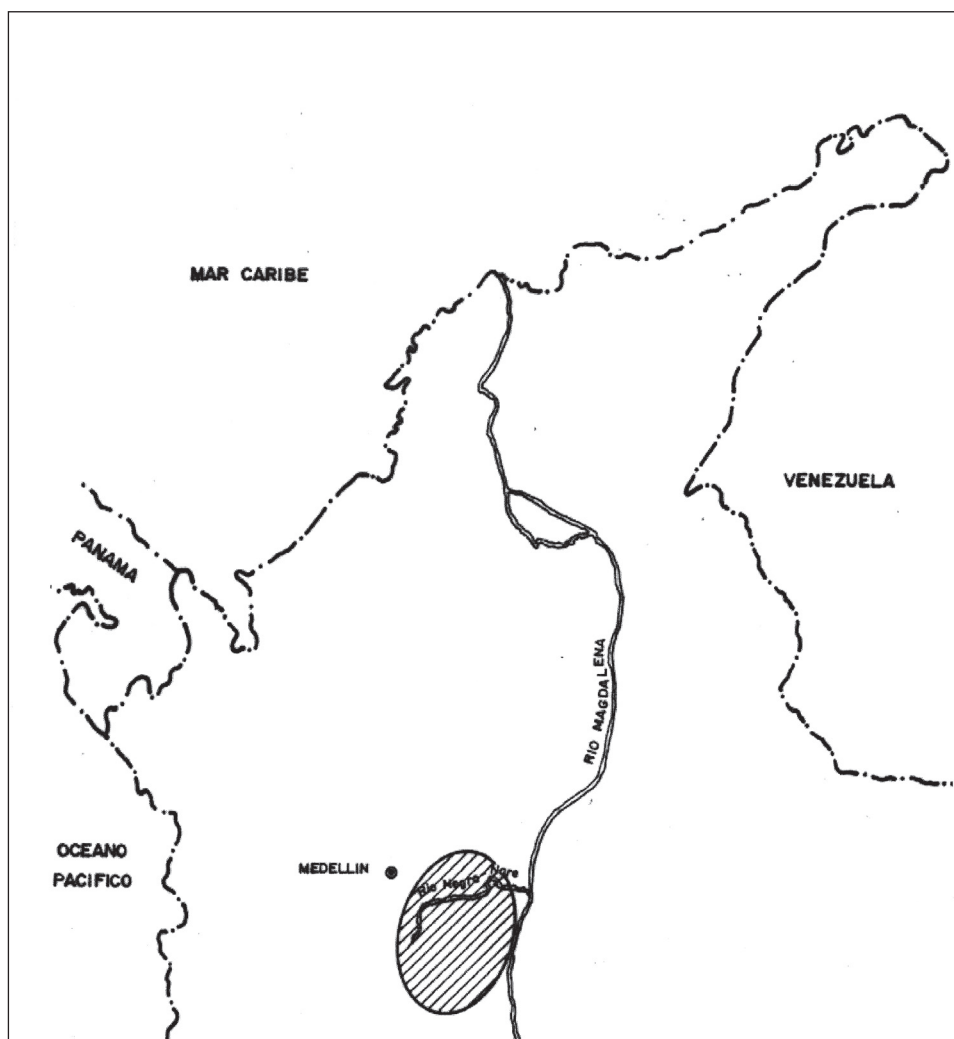
El foco inicial de mis investigaciones se concentró en regiones que se formaron a partir de procesos de colonización en la segunda mitad del siglo XX y a las que abordé, desde el análisis de los conflictos, como “regiones en construcción”. En la actualidad mi indagación se centra en el oriente antioqueño, una región configurada de vieja data que, durante las últimas décadas ha estado atravesada por conflictos agudos y hoy es parte de las regiones en Colombia donde opera un Laboratorio de Paz. Para responder a la invitación que nos hace la mesa en este congreso, me preguntaré entonces por el proceso de reconfiguración regional que en ella ha tenido lugar en las últimas décadas.

Situemos primero al Oriente Antioqueño:

El proceso de su configuración tiene como antecedente la política borbónica territorial que resuelve el problema de ordenamiento que había impedido por mucho tiempo que Rionegro y Marinilla pudieran apropiarse y desarrollar el

¹ Ponencia presentada al Primer Seminario Nacional Odecofi, Bogotá, marzo de 2007.

Mapa 1: El oriente antioqueño en el contexto nacional



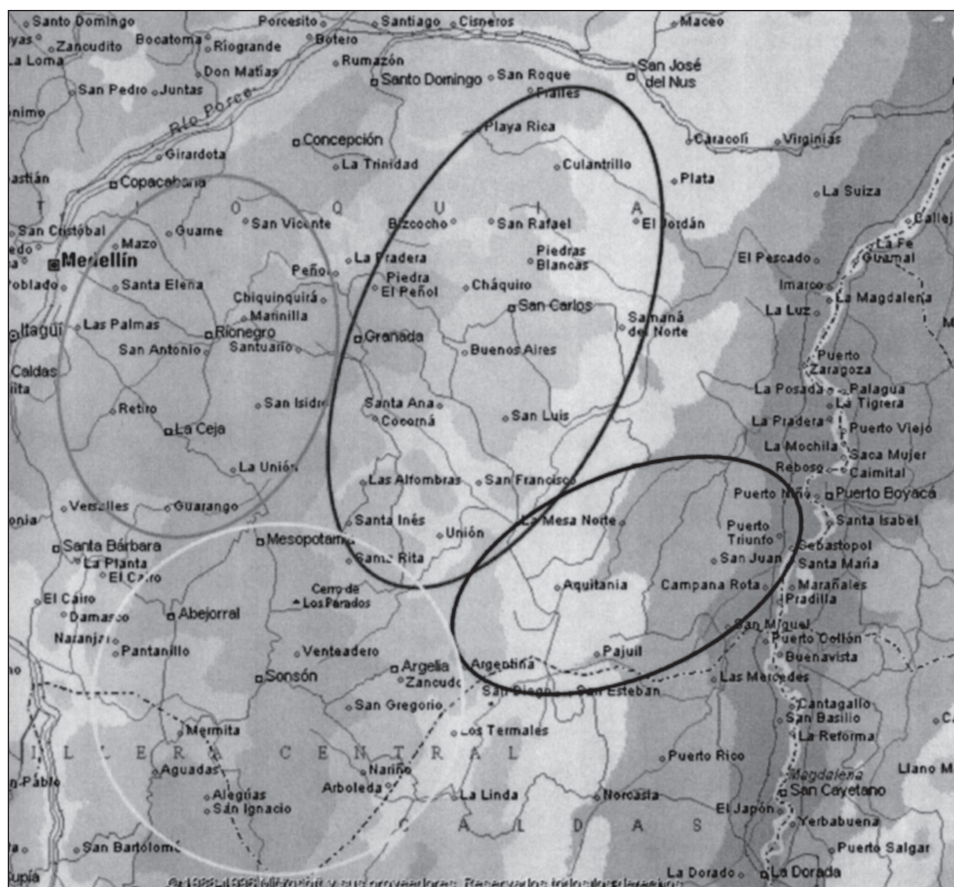
territorio de su directa incumbencia². Pero es durante todo el siglo XIX cuando se despliegan las dos principales claves de su primer proceso de configuración como región: la primera, la pugna que la ciudad de Rionegro libra con Medellín por constituirse en el poder hegemónico de Antioquia y capital del Estado (hasta los años sesenta del siglo XIX); la segunda, el papel de Rionegro como núcleo a partir del cual se direccionó una de las principales corrientes de “la colonización antioqueña” al sur (Jaramillo, 1988). El oriente antioqueño perdió dinamismo e importancia histórica a partir de las últimas décadas del siglo XIX, se mantuvo hasta los años cincuenta del siglo XX a la manera de “una comunidad inanimada, segmentada (...), poco perceptiva de su identificación territorial (...), pasiva”, tal como Sergio Boisier se refería a aquellas regiones que, con tradiciones e historia, no desarrollan de manera activa su construcción social y política durante largos períodos (Boisier, 1988).

A mediados del siglo XX, al oriente antioqueño, delimitado por ordenamiento territorial, lo componían el altiplano, con una red de asentamientos integrados en torno de dos núcleos principales, Rionegro y Marinilla, y su periferia, una al sur (Sonsón como su núcleo histórico) y otra al oriente (la vertiente hacia el Magdalena, con Guatapé, Peñol, San Rafael, San Carlos, Cocorná, San Luis, territorios por donde antaño pasaban los viejos Caminos del Nare, por donde salían y entraban todas las mercancías de y hacia Antioquia). Más allá de sus límites orientales se extendía la franja del Magdalena medio antioqueño.

En perspectiva histórica podemos situar en el período siguiente —los años sesenta— el momento en que se inicia la serie de conflictos que están en la base del proceso de reconfiguración del oriente antioqueño.

² En el valle de Rionegro y Marinilla confluían a mediados del siglo XVIII las jurisdicciones de Popayán, Mariquita y Antioquia, ver Jaramillo (1988). Además, “a principios del siglo XVII, las vegas situadas a lo largo del alto Río Negro habían sido cedidas a la ciudad de Antioquia como ejidos, por su primer dueño, el gobernador Gaspar de Rodas y habían sido arrebatadas a ganaderos de Arma, Anserma y el alto valle del río Cauca y también a los de la capital (...). Por decreto virreinal de 1756 fue incorporada a la provincia de Antioquia (Marinilla), a la cual pertenecía geográficamente; y en 1787 fue creada villa independiente” (Parsons, 1997, 66-67).

**Mapa 2: El oriente antioqueño:
sus grandes diferenciaciones socioespaciales**



- Altiplano, núcleos Rionegro y Marinilla
- Núcleo Sonsón
- Vertiente hacia el Magdalena
- Magdalena medio antioqueño

Pero, ¿qué entendemos por reconfiguración regional?

En la medida en que toda región como construcción social, es dinámica y está en constante transformación, cuando hablamos de “reconfiguración”, aludimos a una transformación sustantiva de los tres elementos que, según Agnew, forman el “lugar” y que son: a) los marcos físicos o escenarios donde se constituyen las interacciones cotidianas en función de lo que allí toma lugar; b) la localización, entendida como el marco geográfico que comprende los distintos escenarios de la interacción social y que se define en función de la división general del trabajo, de las condiciones del desarrollo desigual y de la interacción con procesos que operan en escalas espaciales más amplias; y c) la orientación subjetiva de las identidades constituidas en el vivir allí en particular. A esos tres elementos Agnew los denominó la *localidad*, la *localización* y el *sentido del lugar* (Agnew, 1993).

¿Cuáles son entonces los procesos y conflictos que han orientado la reconfiguración regional del oriente antioqueño? ¿Cuáles las claves materiales, simbólicas y socioespaciales que permiten dar cuenta de esa reconfiguración? y ¿En qué sentido las pensamos como “reconfiguración regional”? Estas son entonces las preguntas que guían los planteamientos que a continuación desarrollaremos, con base en una primera exploración hecha sobre el oriente antioqueño.

El punto de partida: la Violencia de los cincuenta

La geografía de la Violencia de los años cincuenta ilustra muy claramente la condición en que se encontraba el oriente antioqueño en el momento que antecede a los sucesivos conflictos que dinamizaron la reconfiguración de la región.

Los procesos de la Violencia de los años cincuenta en el oriente antioqueño muestran la acción y el peso de las tres territorialidades que hoy lo conforman – el oriente del altiplano y del sur, el “oriente lejano” (la vertiente al río Magdalena) y el Magdalena medio antioqueño colindante. La información que

trae Mary Roldán en su investigación sobre la violencia en Antioquia permite ilustrar esto claramente: entre 1950 y 1953 los índices de violencia son muy bajitos en la primera de estas territorialidades, mientras que, en la franja que se extiende desde San Roque, San Carlos, Cocorná, San Luis – “el oriente lejano” se observan índices elevados. En este caso, las muertes violentas se producen en función de las incursiones de la chusma contra los liberales locales, lugares en donde de alguna manera contaban con algunos apoyos políticos locales. Más allá –la franja del Magdalena medio– permaneció bajo dominio de las guerrillas liberales (Roldán, 2003, 26, 181 y 190).

Con la Violencia de mediados de siglo XX se produce el primer intento por integrar esa franja periférica del llamado “oriente lejano” al dominio político del centro departamental. *Pero, fue un intento fallido que quedó sometido al peso del territorio tal como hasta el momento estaba configurado –dos territorialidades separadas en su geografía, historia, y condiciones política y cultural, mediadas por una tercera con papel de frontera entre las dos. Y ese intento no logró ningún cambio sustantivo en la relación e interacción entre las partes que lo constituían, ni en sus formas de ser internas.*

Los desencadenantes: los megaproyectos en los años sesenta y setenta

Entre los años sesenta y setenta se planean y ejecutan, desde el Estado nacional y con el apoyo de los grupos de poder del departamento, un par de obras de infraestructura que desencadenan los procesos que le darán un vuelco al oriente antioqueño como región. Fueron ellas, la construcción del complejo hidroeléctrico del Peñol, San Rafael y San Carlos –que en 1982, producía entre el 22 y el 24% de la energía hidráulica nacional³– y la autopista, que conectaría Medellín con la capital de la república. Inmediatamente el oriente antioqueño adquirió un nuevo significado para los grupos de poder antioqueños,

³ “Pliego de Peticiones del primer Paro cívico regional del Oriente antioqueño”, ver García (1994).

que proyectaron entonces la extensión de la industria de Medellín a Rionegro (traslado de algunas empresas), el inicio de la agroindustria de exportación (flores) y la prolongación de su hábitat al altiplano del oriente antioqueño (parcelaciones y fincas de recreo). Igualmente adquirió nuevo significado para sus pobladores, por la vía de los impactos negativos que tuvo la construcción de las hidroeléctricas en localidades específicas y por la efectiva dinamización de procesos económicos y sociales que le cambiaron la vocación e inserción en la economía regional a quienes poblaban el altiplano.

En ese momento, son dos fuerzas muy desiguales las que se enfrentan: un Estado todopoderoso que afecta de mil maneras a los asentamientos humanos situados en las zonas de embalses y obras en general sin mediar política de consulta y negociación, ni de manejo de los impactos, y unas comunidades desagregadas que sólo presentan un conjunto de movimientos locales.

Mientras tanto, el Estado promueve un nuevo discurso sobre el oriente antioqueño dirigido a introyectar una noción de “región” en el conjunto de los funcionarios de las diversas instituciones del Estado de la zona y a través de ellos en la población. Este discurso se difunde de manera sistemática en diferentes instancias, incluidas las Asambleas Municipales de Alcaldes, promovidas por el mismo Estado para tal efecto.

Fue así como al oriente antioqueño comenzaron a pensarlo en función de asuntos tales como: la construcción de las hidroeléctricas, la industrialización del oriente cercano, el impulso de su polo de desarrollo —Rionegro—, la construcción de la Autopista Medellín-Bogotá y del aeropuerto internacional José María Córdova, así como de aspectos claves en zonas específicas, como la carretera San Carlos-Nare o el tratamiento dado por Empresas Públicas a El Peñol donde se construía la primera represa del complejo hidroeléctrico (García, 1994)⁴. El discurso del Estado se articulaba en torno a esos asuntos

⁴ Está información se construyó con información levantada del archivo de la gobernación y de la prensa de la época.

pensados como “factores de desarrollo” para la región; entre tanto se articulaba, desde localidades aisladas afectadas por las obras, un discurso que reinterpretaba tales asuntos como problemas y conflictos, como “imposiciones” hechas “desde afuera”, “inconsultas” y como “atropellos”.

Son dos fuerzas muy desiguales las que se enfrentan. Pero algo importante ha cambiado con relación al período anterior:

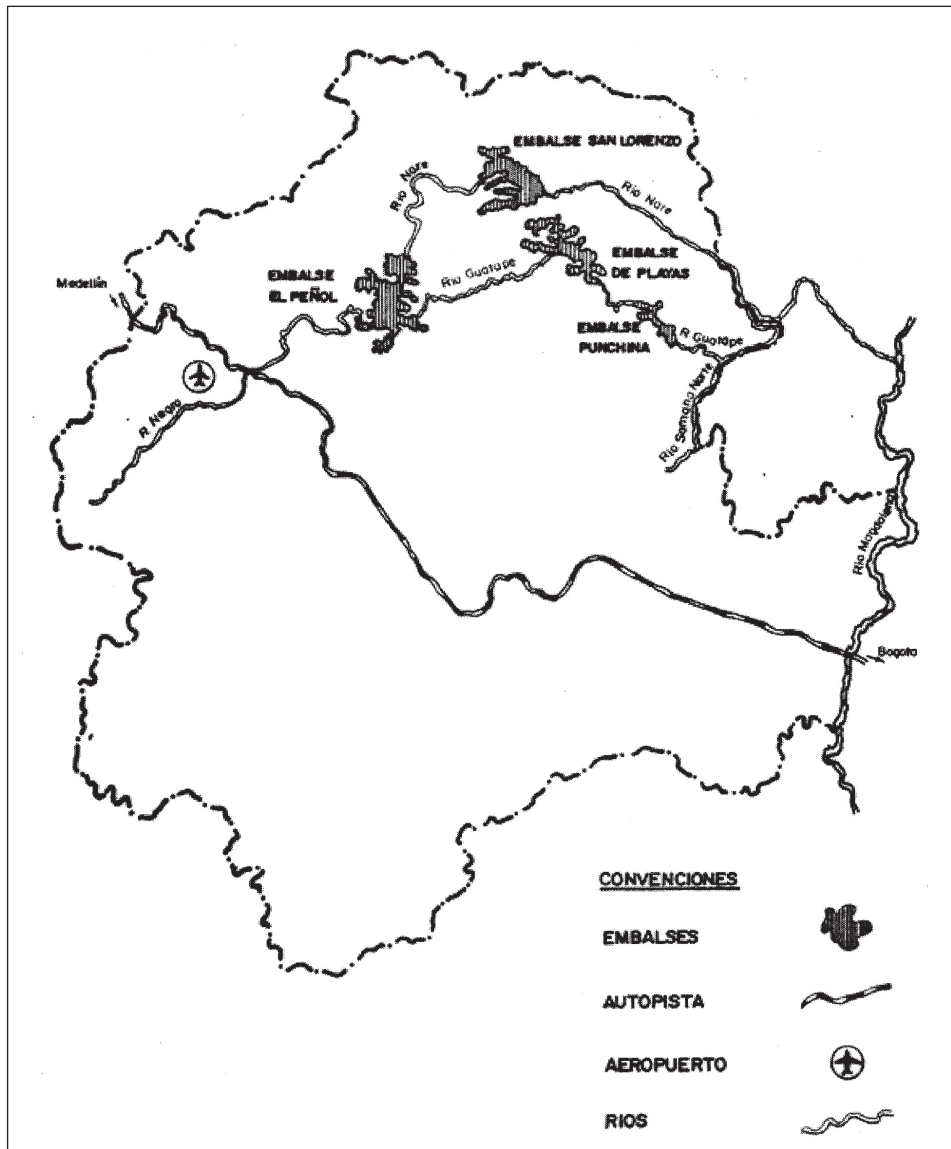
Pues si el oriente antioqueño permaneció durante estas dos décadas como una sumatoria de pequeñas localidades, desagregadas en términos de proyectos colectivos o de la resistencia a los proyectos de un Estado nacional apoyado por los poderes de Antioquia, el enfrentamiento se da en torno de lo que sucede *en una territorialidad que atraviesa los dos orientes* –cercano y lejano. Los “distintos orientes” se involucran por igual en el plano de los megaproyectos y de la resistencia⁵. Ya no se trata –como en el período anterior– de proyectos de dominación y de resistencias asociados a territorialidades específicas y diferentes.

El movimiento cívico regional en los años ochenta

A principios de la década del ochenta se desarrolla en el oriente antioqueño un movimiento cívico de carácter regional. Los megaproyectos ya son un hecho: la autopista está por inaugurarse y las obras hidroeléctricas han afectado ya a los municipios de Peñol, Guatapé, San Rafael y San Carlos. Si bien las obras de infraestructura le imprimen una osatura física al oriente antioqueño, no fueron sus impactos los que estuvieron en la base de la acción colectiva que por esos años se articuló regionalmente. Son las tarifas de energía eléctrica las que se constituyen en la chispa y motor del movimiento cívico regional. Este tema convocaba más ampliamente a la población de los diferentes municipios

⁵ En acciones colectivas observamos especialmente las de los dos pueblos que sufren la inundación de sus tierras –Guatapé y Peñol– y las de Rionegro y Marinilla, poblados centrales del altiplano.

Mapa 3: El oriente antioqueño y los megaproyectos



—afectados o no por las hidroeléctricas— en una coyuntura que en el ámbito nacional se desataba una movilización cívica en diversos puntos cardinales⁶.

En el oriente antioqueño se conjugaron varias cosas que le dieron fuerte piso político a la movilización social: en primer lugar, la puesta en marcha de la política nacional de tarifas de energía eléctrica en 1981, que unifica dicho sistema⁷, y con lo cual Antioquia y el oriente antioqueño quedarán afectados por contar hasta el momento con las tarifas más bajas de la nación (García, 1994, 76). En segundo lugar, y por condicionamientos del Banco Mundial, en Colombia se expide en 1981 la Ley 56 que, entre otros aspectos, “contempla el compromiso por parte de las empresas explotadoras de recursos hídricos de la nación a pagar el 4% de sus utilidades a las colectividades sobre las cuales recaía el costo social de ejecución de dichas obras.” Esto último significa la subsiguiente creación de una corporación regional de desarrollo encargada de manejar e invertir tales recursos.

Fue entonces, sobre la base de una afectación directa al bolsillo de residentes y comerciantes, sobre las posibilidades que brindaba la aplicación de la Ley 56 de 1981 y sobre la posibilidad de configurarse en una fuerza en capacidad de tener en adelante parte activa en los rumbos de la región, que en el oriente antioqueño se configura el Movimiento Cívico Regional. Es un movimiento contra la política del Estado, que ahora recoge algunas de las claves del discurso construidas anteriormente por los movimientos cívicos locales y las coloca como antecedente y reiteración histórica de lo que significa el Estado para la región: las “decisiones tomadas desde afuera de la región”, “impuestas sin consulta” y con “enormes perjuicios”; y ahora a las tarifas que se van a imponer, se las afirma como “injustas”, en tanto significan más costos a los ya cuantiosos que han debido soportar para producir energía para los demás.

⁶ Por ejemplo, en octubre de 1982, al tiempo con el segundo paro cívico regional del oriente antioqueño se producían otros en Barranquilla, Riosucio, Tocaima, Villavicencio, Mocoa y Leticia. Véase, “Mapa 6: Geografía nacional del movimiento cívico de octubre de 1982” (García, 1994, 100).

⁷ En 1981 de manera regional, en 1983, nacional. Al mismo tiempo, integra Corelca a ISA (1983), como uno de los puntos culminantes de la política de interconexión eléctrica nacional.

Es más, lo que se había delimitado años antes como cuenca hidrográfica, objeto de la intervención pública y por tanto, subregión en términos del ordenamiento territorial de Antioquia, se reconvierte ahora por el movimiento cívico en unidad socioespacial de identificación social y política. En su Pliego de Peticiones se refieren al oriente antioqueño como “nuestro territorio” en el que se genera el 57,82% de la energía hidráulica del departamento y “entre el 22 y 24 % de la energía nacional (a 1982)”.

Es la primera vez que en el oriente antioqueño se construye un sentido del lugar desde abajo, desde los sectores pequeños y medios de las localidades y a través de una acción colectiva de buena parte de las localidades que lo conforman; es un sentido del lugar que se forja en cuatro años de movilización social que deja honda huella en la memoria colectiva de sus habitantes, de sus líderes –los sobrevivientes– y hasta de integrantes del ELN que en la guerra actual aducen su pertenencia a ese oriente, su participación en el movimiento social de entonces y su decisión de formar las filas del grupo armado ante su frustración por el aplastamiento paramilitar de cualquier alternativa política (García, 2005).

El movimiento cívico del oriente antioqueño de los años ochenta forjó un sentido de pertenencia territorial lleno de sentido político: como “productores” de un importante porcentaje de la energía nacional, como una colectividad “injustamente” tratada por el Estado nacional en su política energética y como una colectividad con capacidad de pensar su región, de enfrentarse a los poderes públicos y de reivindicar lo suyo. Con la política energética en el oriente antioqueño, el Estado nacional no sólo produce como reacción sentido de pertenencia a un lugar circunscrito localmente, sino que éste adquiere sentido en la misma medida en que esos habitantes se comprenden como parte de una territorialidad mayor: un país que se sirve de la energía producida en su territorio y un Estado que los interpela y frente al cual hacen sus reivindicaciones. En el sentido del lugar que el movimiento social produce también está incluida la dimensión nacional, que hasta el período anterior no existía en el oriente antioqueño.

La guerra en el proceso de reconfiguración regional

Desde finales de la década del sesenta se tuvo noticias de grupos guerrilleros en el oriente antioqueño, especialmente en esa franja de la vertiente hacia el río Magdalena y en la cual quedaba ahora situado el complejo hidroeléctrico. Pero es sólo a partir de 1996 que el oriente antioqueño se convierte en su integralidad objetivo militar de las guerrillas y de los paramilitares y a comienzos del nuevo milenio encabeza las estadísticas de muertes violentas y desplazamiento en el país. Lo anterior, por ser territorio donde se produce el 30% de la energía eléctrica nacional, porque lo atraviesa la autopista Medellín-Bogotá y porque colinda con la ciudad de Medellín. Y así deviene en territorio estratégico en la guerra nacional.

Y este hecho, que comienza significando para la población desplazamientos y emplazamientos forzados, la desarticulación del tejido social y la desconfianza generalizada, no tarda en producir su contrario: un movimiento de resistencia a la guerra. Lo interesante de este movimiento radica en el ingrediente que agregó al proceso de reconfiguración regional, y que es el que me interesa resaltar aquí:

Si hasta el período anterior el proceso que dinamizaba las transformaciones regionales se dio a partir de una polaridad –movimiento cívico regional/Estado– ahora, los grupos armados –guerrillas y paramilitares– en su disputa por el territorio, colocan a los más diversos grupos y actores sociales en el mismo lado de la acción: la resistencia organizada a los efectos de la guerra.

El proceso se inicia entre 1996 y 1999 cuando, desde dos flancos sociales bien disímiles, se organizan acciones encaminadas a mitigar los alcances de los efectos de la guerra por parte de las comunidades locales y del sector eléctrico respectivamente. La historia del primero comienza con un alcalde y una asamblea comunitaria que deciden dejar la parálisis, enfrentar el miedo y hablar con el ELN y con la empresa que dinamizaba el empleo en la localidad, para llegar a acuerdos con respecto a un proyecto de conciliación y desarrollo que permi-

tiera amainar los efectos más traumáticos de la guerra sobre las comunidades, mantener las fuentes de trabajo local activas e impulsar un compromiso social por parte de la empresa. De ahí en adelante se siguen en otras localidades del oriente antioqueño sucesivas asambleas comunitarias locales, dinámica que termina en un movimiento regional articulado en torno de la cabeza de los alcaldes y que plantea un hecho político regional de impacto nacional: los alcaldes hablan a nombre del conjunto de las comunidades del oriente antioqueño con el ELN, y logran una tregua de seis meses. Lo anterior tiene efectos imparables sobre la región y sobre el Estado nacional: la primera, se prueba a sí misma su capacidad de acción; el segundo interviene redireccionando el proceso⁸.

El segundo de los actores que se organizó en ese primer período fue Prodepaz, encabezado por las empresas del sector eléctrico –ISA e Isagen– orienta su acción hacia los programas de desarrollo y paz y se convirtió en el socio principal de los alcaldes en las gestiones ante la Unión Europea para la formalización del Laboratorio de Paz. Lo que siguió fue la confluencia de más grupos y sectores sociales, primero en lo que se propuso como Asamblea Provincial y por último en el Laboratorio de Paz⁹.

Lo que quiero subrayar de este proceso son los aspectos que nos permiten seguir el hilo del proceso de reconfiguración regional:

⁸ En primer lugar, al tiempo que desautoriza la acción de los alcaldes, fortalece su intencionalidad original al promover la confluencia del conjunto de los actores regionales en un proyecto de paz y desarrollo. En segundo lugar, compromete la alianza del Estado que, en adelante apoya el proyecto de desarrollo regional en el que las comunidades basan su posibilidad de empoderamiento y de aprendizaje de la democracia, con sumas de dinero que lo hagan viable.

⁹ Al Laboratorio de Paz del Oriente confluyen: la Asamblea Provincial Constituyente, el Consejo de Alcaldes del Oriente antioqueño, la Gobernación de Antioquia, la Diócesis de Sonsón-Rionegro, la Presidencia de la República, la Vicepresidencia de la República, la Oficina del Alto Comisionado para la Paz, la Comunidad Internacional, las entidades regionales y nacionales públicas y privadas, los Ministerios, la Dirección Nacional de Planeación y el Congreso de la República (Documento Ejecutivo: Laboratorio de Paz Provincia del Oriente Antioqueño. Oficina Laboratorio de Paz, Medellín, febrero de 2003).

Como primera medida, la confrontación armada redefinió el lugar del oriente antioqueño en términos de los procesos de apropiación y control de su territorio. Esto se produce por distintas vías:

- Al convertir el territorio en uno de los nodos estratégicos de la guerra nacional.
- Al impulsar al conjunto de los actores sociales en la región a organizarse y a actuar en función de una respuesta colectiva a los efectos de esa guerra en su territorio.
- Al obligar al Estado a intervenir políticamente, poniéndole límites a la acción de los alcaldes, pero también fortaleciendo su iniciativa al avalar la propuesta ante la Unión Europea con el Laboratorio de Paz;
- Al colocarse así la región como una de las piezas del ajedrez en el juego de las intervenciones de las potencias globales en el país.

Como segunda medida, “el sentido del lugar” adquiere una dimensión mucho más política y orgánica:

- Pasó de concebirse como “nuestro territorio” a auto-proclamarse como “provincia” con intención de autonomía (la Asamblea Provincial Constituyente y sucesivas asambleas provinciales).
- Pasó de acciones organizadas sobre la base local (asambleas cívicas locales en los años ochenta que se federan) a mantener ese núcleo básico, pero creando también diverso tipo de espacios de expresión y organización de carácter regional (Asamblea provincial del *Oriente Antioqueño*, Amor, ALO, etc.).
- Se fortaleció lo que en la etapa anterior ya se había venido tejiendo: la interacción entre los “dos orientes”, ahora en el proyecto de desarrollo y paz.
- El campo de las tensiones y la lucha deja de ser ese campo dicotómico (entre unos actores subordinados y el Estado, como en el período anterior) y pasó a articularse de manera compleja, así: por un lado, si bien es el conjunto de la sociedad civil la que se aglutina para resistir

los efectos de la guerra, ésta lo hace sin plantearse “en oposición a” los actores armados ni con “soluciones excluyentes”, sino propugna por “los acercamientos”, “el diálogo”, “la inclusión”¹⁰. Por otro lado, la sociedad regional se contrapone al Estado nacional en lo que toca con “la seguridad democrática” en su territorio, pero en alianza del gobierno departamental, que también presiona al Estado nacional por una “política de diálogo” y de “no violencia”. Por último, el conjunto de los actores locales y regionales que se aglutinan —primero en las Asambleas Provinciales y luego en el Laboratorio de Paz— forma un campo de fuerzas en tensión y disputa por la orientación del proyecto regional de desarrollo y paz. El oriente antioqueño se reconoce hoy como esa región a construir entre todos, pero mediando las tensiones y las disputas, la presión y la negociación entre los poderes y las alternativas de muchos. *El Oriente antioqueño se ha construido como un lugar de confluencias, tensiones, divergencias y negociaciones de su propia propuesta regional.*

Como tercera medida, el oriente antioqueño adquiere espacialmente también un nuevo significado, pues la guerra trajo “la periferia al centro”¹¹: el “oriente lejano”, sin dejar de ser “lejano” en términos del desarrollo desigual, deviene estratégico en la guerra y por tanto “central” para y en las políticas de desarrollo y paz.

Epílogo

El oriente antioqueño se ha reconfigurado como región. La manera como se ha situado en lo político y en lo económico en su relación con los poderes departamental, nacional y global, la clase de interacciones que ahora se dan entre sus distintas territorialidades, la constitución e interacción compleja de ac-

¹⁰ Y esto lo hace en las acciones que adelanta primero, como asambleas locales, más adelante como Movimiento de Alcaldes del Oriente Antioqueño, enseguida como Asamblea Provincial del Oriente Antioqueño.

¹¹ Parafraseando a Alejandro Grimson.

tores locales y regionales que se aglutinan y disputan en torno de un proyecto regional, y la manera de representarse el territorio son aspectos sobresalientes resultado del proceso de reconfiguración acaecido en las últimas décadas de su historia. Claro está que el proyecto regional por construir apenas está en ciernes, y se debate en medio poderosas fuerzas encontradas y altas vulnerabilidades.

Bibliografía

Agnew, John, 1993, “Representing Space. Space, Scale and Culture in Social Science, en Duncan, James and Ley, David, editors, *Place/Culture/Representation*.

Boisier, Sergio, 1988, “Palimpsesto de las regiones como espacios socialmente contruidos”, en *Revista Oikos*, número 3, Medellín, julio-diciembre.

García, Clara Inés, 1994, *Movimientos Cívicos y Regiones. Tomo II: Oriente Antioqueño*, Medellín, Iner/Colciencias.

-----, 2005, “Informe de investigación, Proyecto Región y representaciones del territorio. Antioquia: de la geografía política a las identidades socioterritoriales”, Medellín, Iner, Universidad de Antioquia.

Jaramillo, Roberto Luis, 1988, “La colonización antioqueña”, en Melo, Jorge Orlando *director general, Historia de Antioquia*, Bogotá, Suramericana de Seguros.

Parsons, James, 1997, *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*, Bogotá, Banco de la República/El Ancora Editores.

Roldán, Mary, 2003, *A Sangre y Fuego. La violencia en Antioquia. Colombia. 1946-1953*, Icanh/Fundación para la Promoción de la Ciencia y la Tecnología.